

JESUS GURIDI

UNA VIDA PARA LA MUSICA

Recientemente falleció en Madrid el ilustre Catedrático y Director del Conservatorio de Música D. Jesús Guridi Bidaola, padre político del Inspector de Enseñanza Media D. Francisco Rodríguez Vázquez. Compositor inspirado, muchas de las canciones han quedado incorporadas a los repertorios de nuestros Centros docentes. Por ello, y considerando de interés resaltar los perfiles de su personalidad como músico y Profesor, transcribimos el siguiente artículo que, después de su muerte, dedicó "El Español" al llorado maestro:

UN piano ha enmudecido en el piso cuarto del número doce de la calle de Sagasta. Ya no volverá a sonar y bien que lo sienten—en los oídos de los vecinos con "Improvisaciones" en la alta noche arropado por el silencio sugerido.

Están olvidados para siempre sobre el estante los libros favoritos, de Fabre, los paisajes vascos de Ocandiano y Aramayona, las cerámicas castellanas, los diplomas y retratos, incluso una última invitación del Conservatorio de Praga...

Allí, en San Sebastián, queda el caserío de Sansibil vacante y solitario, cara al verano inminente, y comienzan a dar una sombra inútil los tamarindos del paseo de la Concha. Los órganos y armoniums de gastadas lengüetas de las iglesias de Bilbao y Vitoria dado que se despierten ya con una escandalera de música maravillosa. Y a estas horas los chistularis y los guiteros de "El Caserío" o de "La Meiga" están haciendo coro de tristeza con los alumnos del Conservatorio, con los oyentes de la Banda del Retiro...

Era un vitoriano predilecto, un polifonista religioso, un organista de trayectoria, un músico ilustre, un compositor de excepción, este hombre bueno que se llamaba Jesús Guridi Bidaola. Y ha muerto. A los setenta y cuatro. Lo único que le faltaba para engrosar la lista luminosa de nuestros músicos universales: Alhéniz, Granados, Falla, Turina...

Pero Vitoria no puede olvidar que nació en su calle Florida y ya no la ha de pasear jamás y levanta banderas a media asta con erespones negros, porque España ha perdido uno de sus "grandes" y los pentagramas de fusas y semifusas un afamado y constante servidor.

Jesús Guridi está presente en la música española de los últimos cincuenta años con obras para el teatro y para la zarzuela, en óperetas y canciones populares, de la música religiosa y de la cinematográfica. La lista de sus obras, si no es excesiva en cantidad, tiene una calidad cimera de melodía e inspiración.



El maestro don Jesús Guridi

HISTORIA DE UNA VOCACION

La ficha biográfica de Jesús Guridi empieza en sus tierras de Alava, donde resulta vasco por los cuatro costados. Nace en Vitoria el 25 de septiembre de 1886 y desciende del famoso organista y compositor Nicolás Ledesma. Del chico se cuenta y no se acaba, pues a los cinco años no tiene otro juguete mejor que el piano, y esto ya es sospechoso. Sus padres se trasladan a Zaragoza y Guridi va detrás, donde le espera el Colegio de los Jesuitas, con el famoso inspector que a todo se ablanda cuando el chico le toca a cuatro manos el "Vals de las olas". De Zaragoza a Madrid, de nuevo con la familia, con once años y varias obritas musicales, jugando a una vocación que apunta decidida. El profesor Valentín Arin le enseña armonía y el violinista Lope Alaña lo lleva a "El Cuartito". Ya en Bilbao de nuevo, ocurre una de sus anécdotas más sabrosas. El niño toca al piano varias composiciones propias y alguien le pregunta:

—¿Cómo llamas esas obras?

—¡Cosas!—contesta sin más.

Y las "Cosas" son tan buenas que una casa de Alemania las publica. La verdad es que Jesús Guridi encontró allí clima propicio y dos profesores generosísimos. Ya en los Juegos Florales de 1902 le premian la melodía para canto y piano escrita sin haber cumplido catorce años llamada "Chalupan". Ya estamos en un clima cálido, donde el joven músico asiste a los conciertos de la Filarmónica, y al salir se ejercita en lo que acaba de oír.

Sin embargo, hay que salir en busca de la belleza, en busca de los cielos de París y de las musiquillas renovadoras, y en el año 1914 coincide allí con Usandizaga en la "Schola Cantorum", dirigida por Dindy. Viven los dos en una especie de abadía vieja, como condiscípulos y amigos. De aquellos años de París saldrán las dos figuras de la música vasca, porque anda por allí la sombra de Debussy y el pedaleo técnico del maestro.

De París el joven músico pasa a Bélgica, donde vive dos años, y a Colonia para recibir lecciones de Nietzel, y más tarde a Lieja. Es aquí donde cursa el órgano y composición con Jongen al tiempo que le van naciendo algunas de sus obras musicales. En unos y otros lugares, Guridi asistía a los conciertos y dedicaba su atención al teatro, a los teatros de La Moneda y Alhambra, de Bruselas, sobre todo. Sin embargo, Bilbao se acentuaba con tintes de nostalgia, y es la vuelta todavía en la ilusión de los veintidós años. Y el descanso del ajeteo para intentar la conquista de un puesto en el resurgimiento de la música española de entonces. Lo demás le viene rodado. Durante veinte años ocupa el cargo de organista en la basilica de Santiago, director de la Coral y profesor de Armonía y Organo del Conservatorio vizcaíno. Su obra más importante se realiza durante este tiempo sujeta a un tratamiento modelo, llena de armonía y rica de colorido.

"MIRENTXU" O EL EXITO

Este largo y fructífero paréntesis no hace sino cuajar una estupenda personalidad musical que se derrama en óperas, zarzuelas, operetas, canciones populares, composiciones religiosas, música de órgano.

La Sociedad Coral monta en Bilbao hacia 1910 una temporada de ópera en el teatro de los Campos Elíceos con dos estrenos que han de resultar resonantes. Se trata de "Mendi-Mendiyan", de Usandizaga, y de "Mirentxu", de Guridi. Los dos revalidaron su triunfo posteriormente en Madrid. Guridi quiere en su obra recoger el mensaje de Pedrell, que abogaba por algo nacional frente a las óperas gorgorizantes de marbete italiano. Nada más y nada menos nos ofrece el "Idilio lírico-vasco", sin precedente

posible. Y eso que aún ha de llegar la obra cumbre de Guridi con "Amaya", que cosechó en el Teatro Real una acogida inenarrable. El estreno se reliza en el teatro Albia, de Bilbao, en 1920. "Amaya" va de triunfo en triunfo de Madrid a Barcelona, de Buenos Aires a Praga. La obra le cuesta diez años de trabajo y el autor vuela en ella todo su temperamento, las tonadas de su tierra, el ritmo de sus bailes, en el libreto que sobre la novela de Villoslada le presenta musicado José María Arroita Jáuregui. Los críticos piensan aquí en *comporaciones* y relacionan la "spatadantza" de la ópera con las danzas guerreras del príncipe Igor, Vasconia con los mitos eternos.

Unos años más tarde se estrena "El Caserío". Guridi tantea nuevos caminos y se decide por la zarzuela. Ciertamente Chapí y Bretón quedan entonces algo desvaídos, pero allí están Federico Romero y Fernández Shaw y nace de la colaboración de los tres una joya del teatro lírico dada a conocer en la Zarzuela el 11 de noviembre de 1926. Ovociones, salidas clamorosas a escena, éxito rotundo. Es interesante el libreto, divertidas las escenas, de un nivel superior la música. De este éxito saldrá el homenaje que el Hogar Vasco de Madrid dedica a los autores y una nueva zarzuela, "La Meiga". Los mismos libretistas, el mismo músico, pero en ambiente distinto, se fue trazando todo en el ambiente gallego de los pazos y de las aldeas con sus canciones de ciego y de lazarillos acompañado por la vihuela de ruedas. El "Adiós a Galicia" es un maravilloso fragmento sinfónico que puso en pie a los espectadores el día del estreno, 20 de diciembre de 1928. Como ocurriría en Buenos Aires cuatro años más tarde. Jesús Guridi iba ampliando, obra a obra, su serenidad técnica, su riqueza armónica, su resonancia orquestal hasta conseguir la emoción pura, el equilibrio y el color. Y esto en "La cautiva", en "Mandolinata", con libro de Cuyás de la Vega, en donde evoca las músicas italianas del Renacimiento con resonancias petrarquescas y aptas para la mejor adaptación melódica. Estamos cerca, muy cerca de "Mari-Eli", con libro de Carlos Arniches y Eloy Garay, del "Cuarteto en sol", de técnica moderna, pero sin exacerbaciones estridentes, en donde el único antecedente que pudo señalar la crítica fue sólo Guridi, antecedente de Guridi. Y así el éxito siempre al pie de las candilejas "La Bengala"...

EL COLOR Y LA MELODIA DE ESPAÑA

Ha llegado el momento en que Jesús Guridi se viene a Madrid y esto ocurre en 1939. Viene un poco a recoger el fruto de sus trabajos, el halo de su fama, a extender el color de su música. Ha cantado el ambiente vasco, la morriña gallega y tendrá que escribir todavía sus "Seis canciones castellanas", sus "Diez melodías vascas", la "Sinfonía Pirenaica", "Peñamariana", "La condesa de la aguja y el dedal"... Porque él no es un músico regional, sino que se le cruzan los aires de España, hechos sonido y melodía, en cada una sus canciones. Guridi sigue llevando el ambiente madrileño en "La condesa de la aguja y el dedal", o el costumbrismo salmantino en "Peñamariana". Ahora, además, en profundidad de temas, en variedad de matices. En su extensa producción abundan los temas religiosos como "Misas", la del Arcángel San Gabriel, primer premio de la SER, entre ellas, la popular de la "Marcha de San Ignacio", la "Réquiem", varios motetes... Y toda esa obra orgánica que ha creado escuela. Desde su primera obra importante: "Así cantan los chicos" hasta la "Fantasía en plena orquesta", Oscar; el "Segundo cuarteto", premio nacional de música de 1949, o el Homenaje a Walt Disney, pasando por sus composiciones para arpa y órgano como "Zortziko Zarra", "La del alba sería" o "Tríptico del buen pastor", o "Itxasoan", existe toda una teoría del mejor "folklore", de "estampas vascas", magníficamente instrumentado y elevado a categoría y armonización. Su talento de investigador incluso le ha llevado a estudiar e inspirarse en las manifestaciones de las distintas regiones como Castilla, Galicia, León, Extremadura, Huesca. Por ahí se andan sus "Danzas viejas", su obra para piano "La Carraquilla"...

Su amor a su tierra hace que sus obras se expliquen siempre sobre el entramado geográfico y musical de la orografía vizcaíno-guipuzcoana, aunque su mayor mérito es "haber sabido, como dice el P. Pedro Bilbao Aristagui, dar conjunción felicísima dentro de su inspiración popular, a lo vasco, sorbido en Alava muchas veces, con el folklore de otras regiones españolas".

Su definitivo arraigo en Madrid con las islitas veraniegas pasadas en el "casero" de Sasibil acendra a su vez su atención a las distintas regiones. Son años en que la lucha tras la vocación y el éxito ha cedido. Jesús Guridi es nombrado profesor de la clase de órgano del Real Conservatorio de Música y Declamación en 1944. Actualmente ostentaba la dirección de dicho Centro. Está en posesión de numerosas condecoraciones, como la de la Encomienda de Alfonso X el Sabio. Y ha sido académico de Bellas Artes de San Fernando, director honorario de las Sociedades Corales de Bilbao y Vitoria, socio honorario de la Filarmónica de Bilbao. En 1915 el Ayuntamiento le concedió la Medalla de la Ciudad, y en 1951 le nombró hijo predilecto de la misma.

"UNA EXCELENTE, UNA EXCELENTISIMA PERSONA..."

Era un hombre menudo, de amplia calva, ojos chispeantes y pobladas cejas. Sobre la blanca camisa se abría la alada y clásica pajarita negra. Sencillo, hogareño, trabajador, un poco a su aire, eso sí, madrugaba poco, pero reservaba para el piano su saludo diario, insustituible. Su tiempo lo tenía repartido entre juntas y tribunales, como jurado de los concursos y como catedrático de órgano en el Conservatorio. Las mañanas las pasaba allí en el viejo caserón de San Bernardo, quién sabe si recordando tiempos antiguos, tiempos nuevos en que pudo verse rodeado del afecto y de la admiración. Se había casado en 1922 con doña Julia Izipiaza, vizcaína, cuando las vísperas de "Amaya". Ella tenía la carrera de piano, quizá aprendida en un "Pléyel" a fuerza de valses de Strauss o de Juvencio Rosas. Incluso formó parte de la Coral, lo que demuestra la identidad de afectos y aficiones que cristalizaron en una hermosa gente, en una familia pródiga.

Jesús Guridi almorzaba en casa y salía por la tarde a los conciertos o a sus obligaciones de la Academia o de la Escuela de Música, de la que era profesor. A veces, muy poco, iba al cine, con películas fijadas casi siempre, de Walt Disney, a quien había dedicado alguna de sus obras. Y, naturalmente, otra vez el piano, otra vez las imprevisiones antes de irse a dormir.

Ha tenido dos aficiones: la familia y el trabajo. Aún se recuerdan las palabras con que fue recibido como académico de Bellas Artes por el arquitecto señor Murguruza: "La cualidad fundamental de Guridi es eso: la de ser una excelente, una excelentísima persona, cualidad que lleva donde vaya y que inspira todos sus actos." Y esta hombría de bien fue sin duda objeto de reconocimiento en el pliego de firmas que las autoridades de Vitoria elevaron al Ayuntamiento al solicitarle el nombramiento de "hijo predilecto". No sólo llenó el mundo de melodías y canciones, sino que fundó un hogar cristiano, dando muestras de ser, en todo momento, un ciudadano cabal.

"EN LA RUEDA DE ELOGIOS"

Es esta humildad la que reclama ante la obra de Guridi los testimonios de críticos y ensayistas musicales, porque ellos valoran y recuadran una figura que ha huido siempre del brillo externo. No es una corona de elogios necrológicos, ni mucho menos, sino los juicios apasionados y vibrantes tras la audición o el estudio de sus partituras en el momento infalsificable de la emoción.

El P. Otaño advirtió hace años, con la intuición del profeta: "Yo no llegaré a verlo, pero vosotros llegaréis a ver el día en que la música de Guridi sea tan cotizada como la de Falla."

Ante el "Tríptico del Buen Pastor" ha dicho Federico Sopena: "Mido bien mis palabras de que es una de las obras de órgano fundamentales en el mundo."

Joakin Rodrigo, refiriéndose a las "Diez melodías vascas", manifestó que esta obra "es, sin duda, una de las más importantes que se han escrito en lo que va de siglo".

Manuel de Falla, en su vertiente de crítico rígido y exigente, decía ante una de las primeras obras de carácter infantil de Guridi que lo consagraron desde aquellos años: "Así cantan los chicos", decía: "Aunque Guridi no hubiera escrito más que esta obra, ya era suficiente para que gozara de fama imperecedera".

Y fama imperecedera goza ya. Un piano ha enmudecido en el piso cuarto del número 12 de la calle de Sagasta. Pero miles de voces—voces blancas, contraltos, tenores, tiple—de coros, de orquestas, de capillas, de "Scholas Cantorum" cantan una música perenne, por espiritual, la música de Guridi.

FLORENCIO MARTINEZ RUIZ

Ha fallecido Don Eduardo Torroja

El 15 de junio falleció en Madrid, en su despacho del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, el ilustre sabio español don Eduardo Torroja Miret, considerado como la máxima autoridad mundial en la especialidad del hormigón armado. La muerte le sobrevino repentinamente, a consecuencia de una angina de pecho, cuando preparaba viaje a París para asistir a la reunión del Comité Europeo del Hormigón. Don Eduardo Torroja, con anticipación al trance, supo que era víctima de una dolencia que le acercaba a la muerte. Con una ejemplar presencia de ánimo supo sobreponerse a la terrible noticia y, sin comunicar nada a su familiares, para no acongojarlos, continuó reprimiendo su labor, para ultimar unos trabajos oficiales e internacionales que le habían sido encomendados. Cuando acababa de terminarlos llegó la muerte, que sorprendió a todos, menos al insigne investigador.

Este había nacido en Madrid el 27 de agosto de 1899, graduándose como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en 1923. Era miembro de la Real Academia de Ciencias de Madrid, profesor de la Escuela de Caminos, Canales y Puertos y director del Instituto de la Construcción y del Cemento. Sus realizaciones le habían dado fama más allá de nuestras fronteras. Profesó numerosos ciclos de conferencias y cursos en el extranjero, seguidos con extraordinario interés por los especialistas más destacados en naciones tan adelantadas técnicamente como Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Italia, Argentina, Austria y Bélgica. Autor de diversos libros, definitivos en su género, destacaban entre ellos «La teoría de la elasticidad», «Comportamiento anelástico del hormigón armado en piezas prismáticas», «Cálculo de estructuras lineales planas». a los que hay que unir infinidad de monografías y artículos. Sus obras más notables fueron la marquesina del hipódromo de la Zarzuela; la cubierta del frontón Recoletos, de Madrid, formada por una lámina cilíndrica bilobulada de hormigón que cubre una superficie de 55 por 33 metros; la cubierta del mercado de Algeciras, en forma de casquete esférico, apoyada en ocho puntos y con un diámetro de 48 metros; el acueducto de Alloz y el viaducto sobre el Esla, en el ferrocarril Zamora-La Coruña, con un arco de hormigón armado de 210 metros de luz, una de las obras de ingeniería más notables de los últimos tiempos.